

Hacia una modernidad reflexiva

APRENDIZAJES PARA LA GESTIÓN DEL RIESGO

ROSSANA REGUILLO*

Estamos condenados, como lo ha observado agudamente Ulrich Beck, a buscar soluciones biográficas a contradicciones sistémicas. Buscamos una salvación individual para problemas comunes. Pero esta estrategia está lejos de traer los resultados que estamos buscando, porque deja las raíces de la inseguridad intactas y más aún, este repliegue a la solución y a los recursos individuales, es precisamente lo que “contamina” el mundo, con la inseguridad de la que deseamos escapar.

ZYGMUNT BAUMAN

Resulta difícil optar por un punto de vista específico para repensar las explosiones de gasolina que se produjeron el 22 de abril de 1992 en el sector Reforma de la ciudad de Guadalajara. Difícil porque el acontecimiento desbordó los márgenes acotados

de un tiempo y un espacio precisos; su característica principal fue la multidimensionalidad de sus efectos: en los planos humano, político, social y cultural. El desastre hilvanó con toscos hilos la historia de una comunidad, una ciudad, un país en un tapiz grotesco. La contemporaneidad de los sucesos no “prescribe”, no se agota, sigue ahí proyectando una sombra que es imposible descifrar sin aludir al mismo tiempo al mundo, a esa globalidad que ha dejado de ser retórica discursiva para instalarse como evidencia de los logros y fracasos de la sociedad.

A pesar del drama, del sentido trágico inevitable con el que

se experimentó y enfrentó el acontecimiento, hubo espacios, gestos y palabras que por un momento sacaron a los individuos a campo abierto, a la intemperie, y otro tejido enredó las biografías y los afanes, una textura que se prendió a los pliegues del suceso y fue dejando bordes, marcas, cicatrices, como testimonio de que la historia no es una página sin tachaduras.

Los muertos cuentan, los lesionados existen, la memoria pesa y el cinismo de la clase política parece no acabar nunca. Lo sucedido un 22 de abril hace diez años y los muchos días y noches que se colgaron a esos eternos minutos cuando explotó lo más elemental y valioso en la vida de una comunidad, la

* Doctora en ciencias sociales; profesora e investigadora del Departamento de Estudios Socioculturales del ITESO.

confianza básica en un sistema y un orden social, demanda hoy salir de la prisión del pasado y colocar la mirada y la voluntad en un presente capaz de proyectar futuros.

LA GESTIÓN DEL RIESGO

Las explosiones trajeron consigo, de manera inédita en la vida de la ciudad, la conciencia de la vulnerabilidad, una dimensión ya incluida en las sociedades de la modernidad tardía y que no puede ser pensada ni entendida sin colocar simultáneamente la pregunta por el riesgo.

En el ámbito de las ciencias sociales y sus enfoques sistémicos ha cobrado especial fuerza la noción de riesgo, que ha venido a revitalizar la discusión en torno a los impactos de la modernidad en diferentes campos de la vida social.¹ Esta noción clave en los estudios de la ciudad permite mantener en tensión productiva la articulación entre las dimensiones estructurales y la acción de sujetos históricamente situados. Bajo esta perspectiva la ciudad, que opera en términos estructurales como un sistema multidimensional, configura escenarios diferenciales de vulnerabilidad frente a este sistema, cuya especificidad está dada por la ubicación de los actores sociales en la estructura, visualizados como “agentes”,² en tanto que estos actores son capaces de movilizar ciertos recursos, a la manera de Pierre Bourdieu: capital social, económico y cultural, para hacer frente al riesgo.³

Así, se reconoce que una de las claves que demanda la complejidad de la vida moderna es la gestión del riesgo. Ello significa que la modernidad, en su fase reflexiva, es decir cuando la sociedad es capaz de tomarse a sí misma como objeto de reflexión, de pensarse en términos de proyecto-consecuencia, se diferencia de la fase anterior, cuando las consecuencias del proyecto moderno son pensadas como fuerzas exógenas, como elementos externos al sistema, sin conexión con decisiones y procesos del modelo de desarrollo asumido.

En esta fase de la modernidad, sustentada en la idea de un progreso lineal y del ascendente dominio de la técnica y la ciencia, Hitler, por ejemplo, es apenas un “accidente”, una patología psicológica que aparece sin conexiones con el contexto y momento histórico-político de la Europa de antes de la guerra; la extinción de especies es pensada como un “precio” que hay que pagar, pero nunca una consecuencia vinculada al modelo de desarrollo. Los sis-

LOS RIESGOS EN GUADALAJARA

ARTURO CURIEL BALLESTEROS
Y GUADALUPE GARIBAY CHÁVEZ *

Cerca de 20 % de las muertes que ocurren en Guadalajara podrían evitarse por el hecho de que son accidentales. El principal riesgo de perder la vida en la zona metropolitana lo representan los accidentes automovilísticos, le siguen las sustancias peligrosas, el deslizamiento y la sismicidad.

A los accidentes automovilísticos nos hemos acostumbrado. Ahora nos parece normal la pérdida de cientos de vidas cada año por accidentes derivados de una mala organización del sistema de transporte. Al riesgo de las sustancias químicas lo vamos aceptando por los beneficios que ellas otorgan al desarrollo, y nos olvidamos de que los niveles de seguridad en estas actividades exigen que se trabaje con probabilidades de accidentes de uno en mil años. Claro está que la industria de los hidrocarburos no tiene este parámetro; año con año tenemos derrames, fugas, explosiones, que cuando mucho llegan a distraer nuestra atención un par de días. Con respecto a los deslizamientos, aún no ha ocurrido ninguna catástrofe, pero ésta podría venir asociada al cambio climático y a lluvias extraordinarias, y afectaría tanto a las clases más pobres que habitan sitios como las laderas del Cerro del 4 como a las mas pudientes establecidas en forma no planeada y con base en la especulación y la corrupción en la cuenca de Los Colomos, un sitio donde se supone que con el uso de la tecnología se puede mitigar cualquier riesgo asociado con las fuerzas geológicas.

El 22 de abril de 1992 nos debe inducir a una reflexión no sólo sobre la catástrofe que sucedió sino en otras próximas ante la falta de percepción consciente de los tomadores de decisiones, y la carencia de información que tiene la sociedad para reconocer y actuar ante las emergencias.

La ciudad crece sobre zonas de riesgo y aumentan los peligros de químicos tecnológicos usados de manera irresponsable en áreas que llevan años dedicadas a zonas habi-

* Arturo Curiel Ballesteros es director del Instituto de Medio Ambiente y Comunidades Humanas de la Universidad de Guadalajara y Guadalupe Garibay Chávez es coordinadora del Programa de Salud Ambiental-Instituto de Medio Ambiente y Comunidades Humanas de la misma institución.

mos de 1985 en México fueron un lamentable accidente de la naturaleza cuyos efectos devastadores se vinculan a la magnitud de las escalas de medición y no se conecta con el esquema de desarrollo urbano de la ciudad, con la corrupción política y la desigualdad.

Pero los Hitler no aparecen de manera espontánea, son producto de un tiempo y una sociedad; los animales y las plantas no se acaban porque sí de manera inevitable, el deterioro ambiental es consecuencia directa del modelo de desarrollo adoptado, y los efectos de los sismos, por más alta que sea su escala, pueden mitigarse desde la gestión política, social, cultural y en el contexto de un modelo económico equitativo. Tampoco la gasolina “explota en los drenajes” de manera inaplicable y porque sí.

La multidimensionalidad de los factores que concurrieron para provocar el desastre (muchos de ellos todavía en la penumbra) le confirieron al 22 de abril las características de un evento que se inscribe en la lógica de la modernidad reflexiva. Primero, porque esta multidimensionalidad se hizo evidente desde el principio, es decir, hubo evidencias razonables para afirmar que el desastre era sistémico y vinculante; en él se fusionaban el modelo de desarrollo urbano de la ciudad; el sistema político, con sus acciones y omisiones; la ausencia de saberes técnicos y un complejo entramado cultural que operó, al mismo tiempo, como protección frente a la catástrofe y como obstáculo para superar las contradicciones previas a los acontecimientos.⁴ Segundo, porque estos mismos elementos provocaron y propiciaron que el desastre rompiera el margen circunscrito de sus efectos para saltar al espacio público como objeto de reflexión, debate, movilización. En términos de la gestión del riesgo, tres aspectos resultan sustantivos a partir de la experiencia del 22 de abril.

EL MODELO DE DESARROLLO URBANO

Los acontecimientos hicieron visible la poca planeación e incluso incompatibilidad en los usos del suelo urbano; la coexistencia no armónica entre industrias de alto riesgo; el almacenamiento de sustancias explosivas y tóxicas en zonas de alta densidad poblacional. Se hizo evidente la inequitativa distribución social del riesgo, en el sentido de que la zona afectada, por sus características populares, fue (sigue siendo) más vulnerable a estos elementos.

De cara al futuro, la pregunta que plantearse a raíz de los aprendizajes (costosos y sumamente dolorosos) que se derivan del hecho es la necesidad de corregir el modelo urbano y pro-

yectar el crecimiento de la(s) ciudad(es) con una nueva lógica en la que se asuma como premisa fundamental la consideración de los riesgos asociados al desarrollo y crecimiento urbanos. Ello no se agota en un modelo técnico de planeación sino que se conecta de manera directa con el proyecto sociopolítico que una sociedad se da a sí misma; es claro que cada día resulta más complejo —en especial por la crisis económica y la necesidad de inversiones— mantener un índice de crecimiento que armonice con un riguroso cuidado ambiental, pero la solución no estriba en desplazar el riesgo hacia las zonas populares, pobres, marginales. Cargar este costo a la cuenta de los sectores menos favorecidos y proteger a ciertos sectores y las zonas en las que instalan su hábitat equivale a perpetuar un esquema de dominación que condena a los más pobres a una vulnerabilidad mayor, que de cualquier manera, si aceptamos que la ciudad es un sistema en el que cada parte se comunica con el todo, termina por repercutir en el conjunto.

La democratización de los saberes expertos

La ansiedad e incertidumbre que más allá de la zona afectada sacudieron los cimientos de la ciudad pusieron de manifiesto que un problema central para la vida contemporánea es la incapacidad de distribuir los saberes especializados. Hace diez años las voces expertas independientes estuvieron prácticamente ausentes y el saber oficial se mostró reacio a ofrecer información veraz y oportuna por el temor (declarado) de “politizar los acontecimientos”. Los medios de comunicación, la prensa y la radio sobre todo, llenaron ese vacío de saberes, a veces con mejores intenciones que resultados.

En el contexto de una ecología social que demanda cada vez más una mejor distribución social del conocimiento es fundamental que los actores sociales “comunes y corrientes” cuenten con el suficiente capital de saberes que les permita interactuar con un medio ambiente cuya supuesta hostilidad se deriva, otra vez, del modelo de desarrollo asumido. Los medios de comunicación masiva son correas de transmisión y circuitos fundamentales para la distribución social del conocimiento pero no pueden suplantar —por su propia especificidad— a los saberes expertos, y estos últimos no pueden mantenerse en el olimpo inalcanzable de un lenguaje cifrado que de vez en vez accede al ejercicio democrático de compartirse. No se trata de que todos los actores sociales dominen el conjunto del saber científico-tecnológico sino de que la sociedad cuente con circuitos adecuados y expeditos para acceder a este saber, del que muchas veces depende la conservación de la vida.

La afirmación de la cultura

A la distancia de los acontecimientos y a la luz de otros desastres y estados de alerta en el país y el mundo, una cuestión de indudable centralidad es la cultura. El 22 de abril evidenció que más que un enfrentamiento entre autoridades y ciudadanos (en sentido amplio, no sólo los afectados), el desencuentro profundo entre estos dos elementos de la sociedad significó el enfrentamiento entre dos "sistemas de creencias", entre dos formas culturales de colocarse ante una realidad que no admitía dudas: la inevitabilidad de la tragedia y la responsabilidad gubernamental por lo sucedido.

Si de un lado las autoridades, de distinto nivel, evadieron responsabilidades y se ampararon en un esquema aprendido de hacer gobierno, los damnificados primero y los ciudadanos después tuvieron que apelar a su propio acervo (objetivamente disponible y subjetivamente apropiado)⁵ de conocimientos y formas de hacer, es decir, a la cultura. En su momento de creación e invención cultural, este acervo permitió apelar a las formas culturales de comunidad barrial, a la solidaridad, al uso y la invención de símbolos y emblemas aglutinadores, en una palabra, a proteger la vida frente a la amenaza; pero en su fase reproductiva este mismo acervo trabajó a favor de la reproducción de formas de representación y acción que no lograron romper la victimización o la marginalidad de lo alternativo y que trajo como consecuencia fragmentaciones, el seguimiento de prácticas corporativas y la asunción de una posición de subalternidad con respecto a las autoridades.⁶

Mirando adelante algo se ha aprendido, pero es insuficiente. Como lo ha demostrado la continuidad en la lógica política, que no logró, o que más bien no quiso, sacar al 22 de abril de un esquema electorero y en la lucha continuada de los lesionados, los engranajes del dispositivo cultural siguen desajustados. La tarea pendiente es aprovechar lo aprendido y transitar de un esquema cultural reproductivo al nacimiento de una cultura del riesgo, en la que cada parte cumpla y asuma la función que le toca: los unos gobernar con responsabilidad social de cara a la gestión del riesgo, los otros vigilar el ejercicio de gobierno y asumir la corresponsabilidad en la gestión de esos riesgos, no más víctimas sino ciudadanos.

Hacer realidad una modernidad reflexiva capaz de hacerse cargo de su propio proyecto pasa por la posibilidad de echar mano del pasado; por la capacidad de entender

tacionales. Sin embargo, a diez años de la mayor desgracia histórica ocurrida en Guadalajara, sigue presente el alto nivel de los riesgos químico-tecnológicos sin que se logren aún acuerdos entre los gobiernos, los industriales y la sociedad para prevenir nuevas catástrofes. También siguen presentes y en aumento los riesgos sociorganizativos, como el que llevó a que una sustancia peligrosa estuviera presente en un ducto no diseñado para transportar sustancias peligrosas, como es el drenaje.

En nuestra ciudad el drenaje, la atmósfera, el agua, el suelo y los alimentos siguen recibiendo grandes cantidades de sustancias peligrosas que en cualquier momento llegarán a límites críticos. El 22 de abril debería ser para nosotros el día de revisar con transparencia los riesgos químico-tecnológicos y sociorganizativos con los que vivimos si queremos evitar que ocurra otra catástrofe. Lo cierto es que su probabilidad está en aumento, lo mismo que nuestra vulnerabilidad.

Se sigue autorizando la construcción de viviendas en terrenos de alto riesgo y en las zonas seguras que deberían ser habitacionales se sigue permitiendo el establecimiento de actividades muy riesgosas.

La corresponsabilidad social, la planeación y el desarrollo sustentable siguen siendo en Guadalajara un asunto pendiente en la agenda pese a que México se encuentra entre los primeros lugares del mundo en pérdidas de vidas, económicas y de calidad ambiental.

Después de las explosiones de 1992 en Guadalajara aumentaron en el país las actividades de evaluación de riesgo químico-tecnológico, pero sólo hasta 1996. A partir de entonces se le presta menos atención como asunto prioritario, lo que aumenta la vulnerabilidad de las comunidades. Un ejemplo de esto es que, según información de la Secretaría de Medio Ambiente, en 1993 se realizaron 14,917 visitas de inspección a fuentes de riesgo, mientras que en 2000 disminuyeron a 7,600, en tanto que en la generación de residuos peligrosos se ha pasado de 1,500 a 27,000 generadores.

El atlas de riesgo identificó, en 1993, 295 puntos de amenaza en la ciudad, pero esta cifra ha aumentado. En Jalisco se han detectado 1,686 empresas que aportan 4,722 toneladas anuales de residuos peligrosos.

Seguimos con la esperanza de que se mantengan en sitios seguros las 20 sustancias peligrosas que se utilizan en Guadalajara y que podrían ocasionar una catástrofe inmediata, así como que los sitios donde compramos nuestra casa reúnan los criterios de seguridad elementales. Pero las esperanzas y la confianza terminan cuando vemos que de nueva cuenta la realidad nos rebasa. ■

los efectos, los costos sociales y económicos que se derivan del modelo asumido, y sobre todo de entender que los desastres, las tragedias, las guerras, el terrorismo, los gobiernos autoritarios y la violencia no provienen de “un afuera”, situado más allá de la responsabilidad humana, sino de un “adentro” que se vincula a las decisiones y opciones que se toman cada día. Hoy, diez años después, es urgente tomar el 22 de abril como un profundo y serio ejercicio reflexivo no para evadir lo pendiente ni para negar el dolor que palpita en las entrañas de la ciudad sino para estar en condiciones menos desventajosas de enfrentar el futuro.

LA (U)TOPÍA CIUDADANA

En uno de sus más recientes libros, Zygmunt Bauman, uno de los más potentes analistas de la globalización y la modernidad tardía, plantea la disyuntiva social entre libertad y seguridad como dos elementos fundamentales, y al mismo tiempo irreconciliables, para el orden social.⁷ Ganar en libertad, según Bauman, significa perder en seguridad y viceversa, y no por ello, opina, debemos cejar en el intento de lograr un equilibrio entre ambas fuerzas. Esta discusión no es menor y se instala con absoluta vigencia y pertinencia en el mundo *postseptember eleven*.

En relación con la discusión que aquí nos ocupa, el tema es central para pensar la constitución de la ciudadanía en un mundo cada vez más complejo y atravesado por las contradicciones (y complementaciones) entre lo local y lo global.

¿Dónde están las fuentes de seguridad para los ciudadanos hoy?, ¿dónde estuvieron hace diez años, cuando las explosiones derrumbaron la confianza y la hundieron 14 metros bajo tierra? Aquí apelo nuevamente a Bauman para servirme del título de su libro en el intento de tratar de ubicar el argumento que quiero desarrollar.

El título que escoge Bauman es el de *Community. Seeking safety in an insecure world* (Comunidad. La búsqueda de estar a salvo en un mundo inseguro). Bauman coloca el peso de su discusión en la idea de comunidad como la alternativa “moderna” frente a los riesgos y amenazas en un mundo cada vez más inseguro. Y lo hace de manera crítica, señalando los peligros que puede representar el regreso a ciertos comunismos ensimismados y cerrados a lo exterior.

La comunidad nos hace sentir seguros, confiere la certeza de un “nosotros” capaz de acoger y fundir las diferencias individuales en una solución de continuidad, y sobre todo nos protege del esfuerzo que implica aceptar como válidos otros

modos, esquemas, estilos de vida. Frente a esta idea de comunidad se levantaron las estructuras de la modernidad, y con ellas la noción moderna del ciudadano, que desde el plano de la biografía individual era sujeto de derechos y obligaciones políticas, civiles, sociales y, más tarde, culturales.⁸ Es decir, frente al riesgo del insularismo comunitario y la tentación autoritaria de un “nosotros” que puede borrar las biografías individuales, la sociedad creyó encontrar en la ciudadanía, referida a individuos con independencia de sus pertenencias culturales, un antídoto para contrarrestar el peso de la tradición y los amarres de clase, género, etnia.⁹ Liberar al individuo de sus cargas históricas y colocarlo al centro de la *polis* como interlocutor legítimo de los poderes.

Pero la ciudadanía no se asume ni se ejerce en el vacío. Si se acepta que la ciudadanía es un concepto relacional, es decir, que se define siempre en relación con un sistema político, frente a unos poderes y de cara a otros conciudadanos, resulta evidente que las pertenencias, los anclajes y las tradiciones desempeñan, juegan un papel decisivo en la constitución de la ciudadanía.

Arriba apunté de manera esquemática que a raíz de los sucesos del 22 de abril tanto los damnificados como la ciudadanía (lo mismo aquella que se involucró que la que permaneció como testigo impávido ante los acontecimientos) pusieron a operar un conjunto de esquemas previos, de saberes y formas de acción. Todas estas formas evidenciaron que la ciudadanía no es un referente vacío que se agota en una definición puramente formal de derechos y obligaciones sino una mediación central para la acción política que se verifica, es decir, que se realiza (empíricamente) en un contexto particular que pone a prueba la definición formal.

Como traté de probarlo en mi investigación sobre el 22 de abril, se es ciudadano “desde” el espacio de la familia, “desde” el conjunto de saberes aprendidos, “desde” la comunidad de referencia (emocional, política, cultural).¹⁰ Muchos buscaron el “modelo aceptable” de asumir su ciudadanía en el propio núcleo familiar, otros tantos apelaron a sus grupos corporativos; otros más recurrieron a sus comunidades religiosas y muy pocos optaron por buscar la fuente de su actuación política en el modelo de una sociedad de individuos libres y responsables.

La fuente principal que alimentó las seguridades, tanto para hacer frente a los efectos del desastre como para orientar la acción, fue la idea de comunidad.

Que esto contribuyó a mitigar la devastación ante la ausencia del estado (como en los sismos de 1985) y permitió encontrar respuestas confortadoras frente a la incertidumbre del

momento, es más que cierto. Pero también lo es que esta especie de comunitarismo ciudadano impidió construir y mantener una plataforma de acción de largo plazo y, de manera especial, facilitó la estrategia de desmantelamiento del movimiento emprendida por unas autoridades poco acostumbradas a enfrentar un ejercicio ciudadano que, pese a estas debilidades, logró situarse como interlocutor de un poder acostumbrado a la sordera.

Diez años después, el desgaste, la necesidad del nosotros (antropológicamente ¿ineludible?), propiciaron que la balanza entre libertad y seguridad se inclinara del lado de esta última. Y que, pese a los avances, la necesidad de la certeza, el cobijo y el calor que brinda la seguridad de una comunidad de referencia, triunfó sobre el vértigo de una libertad que estaba sustentada en el estreno de una voz colectiva capaz de filtrar, sin borrar o aniquilar, las diferencias.

Si el siglo xx se caracterizó por la búsqueda itinerante de un modelo capaz de equilibrar las relaciones entre seguridad y libertad, el siglo xxi nos despierta con la amenaza de fuerzas y poderes empeñados en convencernos de que la única alternativa de futuro es empeñar la libertad a costa de la seguridad.

En este sentido, estaba convencida —lo digo estando— de que la alternativa es oponer a este maniqueísmo no la fuerza de la utopía sino la fuerza del *topos*, es decir, del lugar en el que efectivamente puede existir la ciudadanía; un *topos* capaz de equilibrar la relación entre individuo y grupo, un lugar que haga posible la coexistencia de la tradición y la invención cultural. Sólo así, de manera reflexiva, es posible eludir el peligro del repliegue hacia el comunitarismo autoritario y el que representa un individuo desanclado del momento y el espacio que habita.

DE LAS POLÍTICAS (PÚBLICAS) Y LOS POLÍTICOS

Atlas de riesgos, manuales de prevención, comités científicos, sofisticados aparatos de medición han ocupado la escena pública, pero parece que este conjunto de acciones no logra constituirse en políticas públicas capaces de lidiar con el riesgo. La dificultad de transitar de un esquema de medidas aisladas a un “proyecto social de riesgo” que articule el desarrollo urbano, manejo de sustancias peligrosas, plataformas culturales y esquemas políticos que dejen de visualizar a los ciudadanos como electores, estriba en el peso de la modernidad lineal que se basa en un crecimiento a toda costa que impide dar paso a un proceso reflexivo que sea capaz de

sacrificar la velocidad en aras de un modelo equitativo, democrático, justo.

Las políticas públicas de gestión del riesgo no pueden reducirse a un conjunto de medidas preventivas o de acción decidida y eficaz frente al desastre. En este contexto de modernidad reflexiva, dejan de estar referidas a un centro de decisiones y deben ser fruto, por el contrario, de una cooperación colectiva que atraviesa transversalmente a la sociedad. Políticas en el ámbito educativo, cuya finalidad es generar actores competentes en la conciencia y el manejo del riesgo; políticas en el ámbito laboral, que fomentan la participación responsable en la producción y reproducción de las condiciones materiales de existencia; políticas en el ámbito de la producción de ciencia y tecnología, que no sólo aportan el saber sino que son al mismo tiempo dispositivos de vigilancia sobre los impactos de las decisiones asumidas; políticas de comunicación que se traducen en la mejoría cualitativa de los recursos informativos y formativos con los que cuenta una sociedad; políticas culturales que se hacen cargo de la diversidad y la fomentan como una fuente de riqueza.

Para que todo esto sea posible es fundamental reorientar la política, lo que significa dotarla de una fuerte plataforma y un gran contenido social. Por ejemplo, la pobreza y la exclusión son factores de riesgo que incrementan la vulnerabilidad no sólo de los actores que las padecen sino de la sociedad en su conjunto. Los gastos que un país realiza en educación, en salud, en síntesis, los gastos en seguridad social, son indicadores directamente vinculados al tipo de estado que los promueve. En este sentido, una fuerte contradicción se dibuja en el horizonte futuro con signos ominosos, la que representa el avance feroz del neoliberalismo global, que incrementa y genera nuevos riesgos, y el fortalecimiento de los procesos de la modernidad reflexiva, también de alcance global, en cuanto a la capacidad de acción de actores competentes. Los estados nacionales ya enfrentan esta contradicción, y la documentación empírica de lo que sucede parece inclinar la balanza hacia el proyecto neoliberal y dar paso a estados que claudican de su responsabilidad social, lo que a su vez incrementa el riesgo.

Mientras que el 22 de abril y sus temas no resueltos sigan atrapados en la lógica de lo político-político no dejará de ser un asunto contingente y exterior, rehén de las decisiones arbitrarias de los políticos en turno.

Un espacio tenso de enfrentamiento por recursos —de por sí escasos— que hacen visible lo anacrónico de actores políticos que, en lo general, no están a la altura del momento presente ni de los desafíos futuros.

Éste es el aspecto más débil y más complejo en la lógica de la gestión de los riesgos. El deterioro creciente de la imagen de la política, en singular, y de los políticos, en plural, es un hecho ampliamente documentado tanto en estudios de opinión pública como en otros de corte cualitativo, salta cotidianamente en las páginas de los periódicos, en las cabinas de audio de las estaciones de radio, en las pantallas televisivas, en la conversación colectiva y cotidiana en las plazas y mercados. Y esto es grave más allá del impacto moral que produce en la sociedad, que se debe tener muy en cuenta. El crecimiento de la brecha entre las autoridades de gobierno y los ciudadanos produce, de manera estructural, un esquema de acción individualista que procura el bien y la seguridad particulares, en detrimento de la vida pública. Cuando el espacio público, *topos* real y virtual de la política, no es un referente confiable, se fragmenta el tejido social y retrocedemos a la barbarie, la lucha de todos contra todos y la sobrevivencia de los más fuertes.

Pero el hecho de que el ámbito de la política y sus operadores sea el más reacio a transitar hacia un modelo reflexivo

y democrático tampoco puede ser considerado como un elemento externo al sistema, en tanto que se vincula a la debilidad de una ciudadanía que no logra ejercer de tiempo completo la participación en el ámbito del interés común.

Las cosas no se transforman por decreto, es cierto. Y también es insostenible mantener un pensamiento lineal. El desafío estriba en hacer posible el pensamiento relacional y sistémico.

Repensar el pasado no es el ejercicio nostálgico en torno a lo que fue, es la tarea política de historiar la mirada con la intención de proyectar un futuro abierto a las definiciones que la sociedad va generando.

Si el acontecimiento fue antes riesgo, en lo que ha sido callado en torno al 22 de abril hay piezas clave (y necesarias) para armar el rompecabezas del futuro.¹¹

Hoy me parece que la pregunta fundamental es qué sentido, riesgo y acontecimiento han sido capaces de transformar o no el malestar, el miedo, la indefensión en una reconstitución del tejido ciudadano. ■

NOTAS

1. Entre cuyos autores puede mencionarse a Niklas Luhmann, Anthony Giddens, Ulrich Beck y Zygmunt Bauman, entre otros.

2. Sewel, William. "A theory of structure: duality, agency, and transformation", en *American Journal of Sociology*, University of Chicago Press, Chicago, 1992.

3. Bourdieu, Pierre. *O poder simbólico*, Difel, Lisboa, 1989.

4. Un análisis detallado de estos elementos pueden verse en Reguillo, Rossana. *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*, ITESO/Universidad Iberoamericana, Guadalajara, 1996.

5. Véase Berger, Peter y Thomas Luckmann. *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 1972.

6. No es este el espacio para un análisis detallado de lo sucedido. Este análisis se desarrolla en profundidad en Reguillo, Rossana. *Op cit.*

7. Bauman, Zygmunt. *Community. Seeking safety in an insecure world*, Oxford Polity Press, Oxford, 2001.

8. Marshall, T.H. *Class, citizenship and social development*, Anchor Books, Nueva York, 1965; Rosaldo, Renato. "Cultural citizenship: theory", en Flores, William y Rina Benmayor (eds.), *Latino cultural citizenship*, Beacon Press, Boston, 1997.

9. Los "premodernos" griegos diseñaron un dispositivo político similar con el principio de isegoría, como el derecho a la autorrepresentación en la *polis*. Pero

en la medida en que su concepción ciudadana era de carácter sumamente restrictivo (hombres, nobles y libres), este principio indicaba que sólo tenían derecho a la autorrepresentación ciudadana un selecto grupo de habitantes de la *polis* (véase Habermas, Jürgen. *La teoría de la acción comunicativa. Prolegómenos y estudios previos*, Cátedra, Madrid, 1979; Mouffe, Chantal. *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Paidós, Barcelona, 1999).

10. Reguillo, Rossana. *Op cit.* y de manera más reciente Reguillo, Rossana. "La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas", en Susana Rotker (ed.), *Ciudadanías del miedo*, Nueva Sociedad/Rutgers, Caracas, 2001.

11. Una discusión amplia sobre este tema aparece en Reguillo, Rossana. "Ciudad, riesgos y malestares. Hacia una antropología del acontecimiento", en García Canclini, Néstor (coord.), *La antropología urbana en México*, FCE, México, en prensa.

BIBLIOGRAFÍA

BAUMAN, Zygmunt. *Community. Seeking safety in an insecure world*, Polity Press, Cambridge, 2001.

BERGER, Peter y Thomas Luckmann. *La construcción social de la realidad*, Amorrortu, Buenos Aires, 1972.

BOURDIEU, Pierre. *O poder simbólico*, Difel, Lisboa, 1989.

BECK, Ulrich. *La sociedad del riesgo. Hacia una*

nueva modernidad, Paidós, Barcelona, 1998.

GIDDENS, Anthony. *Consecuencias de la modernidad*, Alianza Universidad, Madrid, 1993.

HABERMAS, Jürgen. *La teoría de la acción comunicativa. Prolegómenos y estudios previos*, Cátedra, Madrid, 1979.

HEWITT, Kenneth. *Interpretations of calamity*, Allen & Unwin Inc, Boston, 1983.

MARSHALL, T.H. *Class, citizenship and social development*, Anchor Books, Nueva York, 1965.

MOUFFE, Chantal. *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo, democracia radical*, Paidós, Barcelona, 1999.

REGUILLO, Rossana. *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*. ITESO/Universidad Iberoamericana, Guadalajara, 1996.

—. "La construcción social del miedo. Narrativas y prácticas urbanas", en Susana Rotker (edit.) *Ciudadanías del miedo*, Nueva Sociedad/Rutgers, Caracas, 2000.

—. "Ciudad, riesgos y malestares. Hacia una antropología del acontecimiento", en García Canclini, Néstor (coord.), *La antropología urbana en México*, FCE, México, en prensa.

ROSALDO, Renato. "Cultural citizenship: theory", en Flores, William y Rina Benmayor (eds.), *Latino cultural citizenship*, Beacon Press, Boston, 1997.

SEWEL, William. "A theory of structure: duality, agency and transformation", en *American Journal of Sociology*, Chicago Press University, Chicago, 1992.